

Resignificar los signos de Jesús desde la teología fundamental: elementos para una comprensión adecuada del milagro en nuestros días.

Andres David Pulgarin Montoya¹

Resumen

Abordar los milagros de Jesús, es adentrarse en una discusión en la que se presentan un sin número de comprensiones diversas, discusiones y visiones con dísimiles unos de otros que, al parecer, son indicio de que el milagro no ha sido interpretado de la misma manera por la cultura. El milagro es comprendido en el imaginario cotidiano de los fieles cristianos, como magia, exorcismo, poderes sobrenaturales, taumaturgia, adivinación, entre otros significados más. Tal situación reta al teólogo en la actualidad, por lo que se hace necesario iluminar y señalar el auténtico horizonte de comprensión de las acciones de Jesús. Se requiere de una interpretación que se corresponda con las que han ofrecido los evangelios, de manera que, la fe de los fieles se vea enriquecido. El objetivo de la presente investigación nos conducirá a resignificar los milagros de Jesús desde un horizonte de comprensión específico: la teología fundamental.

Palabras claves

Milagros, teología fundamental, signos, Jesús, resignificación

¹ Estudiante de Teología de la universidad católica Luis Amigó

Introducción

La situación del cristiano es incómoda al tratar el tema de los milagros, se corre el riesgo de malinterpretar su significado. Un vivo ejemplo de dicha malinterpretación es dado por Domingo Sola. En el año 2007, Sola, publicó para la revista "IBERIA" un artículo titulado: *"los milagros de Jesús en el primer arte cristiano"*. En dicho artículo, presenta una síntesis de las primeras imágenes que se formó el cristianismo en occidente sobre la figura de Jesús: un mago, sanador, exorcista y taumaturgo (p. 107). Para ello recorre las pinturas de finales del siglo III y comienzos del IV, donde Jesús era colocado al mismo nivel de personajes como Apolo, Orfeo, Dionisios (p. 108) para significar su radiante juventud y belleza. Del mismo modo, hace mención de las pinturas del siglo IV en las que será tenido por un hombre adulto y de gran barba, que tiene parentesco con los grandes dioses paganos (Sola, 2007, Pp. 107-109). Dichas imágenes tienen un sentido profundo, las primeras comunidades cristianas buscaban un correcto estereotipo para presentar a Jesús.

La prefiguración de tal estereotipo trajo consigo consecuencias, entre ellas, la de una incorrecta interpretación de los milagros de Jesús, por lo cual, Sola (2007) exhorta a "no confundir a Jesús con un mago" (p. 107), tarea seguramente difícil para el siglo I, en el que magia y religión eran sinónimas. Aun así, es necesario tener presente, que tal visión, convierte las acciones de Jesús en un relato de tipo milagroso, lo cual no permitiría cimentar la fe del cristianismo en nuestros días.

Ante tal escenario, se da por entendido que, la tarea del teólogo en nuestro tiempo no se presenta sencilla; se necesita clarificar, aclarar, acercar a los fieles cristianos a una interpretación que esté más cercana a la profesada por las primeras comunidades cristianas en los evangelios. Por lo tanto, los relatos evangélicos, se presentan como un dato inevitable para la interpretación de los milagros, como lo expresa Franz Khamphaus (1965) en su artículo *las narraciones de milagros en los evangelios*, cuando comenta que para comprender el sentido exacto de la intención de los milagros es realmente necesario conectarlos con todo el evangelio. No es posible separar la acción de Dios de su palabra reveladora. Palabra y hecho no son dos cosas separables, sino que forman una indestructible unidad (p. 122)

Xavier León-Dufour (1979) en su libro *los milagros de Jesús*, plantea que, en el momento en que nos formulamos una pregunta sobre el milagro, es porque sobrevive en nosotros un incrédulo que intenta eliminar a Dios de la escena del mundo. Pero el incrédulo presentado por León-Dufour debe ser totalmente distinto a los personajes presentados por el evangelista Lucas, aquellos que, para poner a prueba a Jesús, “le pedían un signo del cielo” (Lc 11, 16), o los mismos que le hacían preguntas a partir de lo dicho con referencia al templo (Lc 21, 5-7). Para este tipo de incrédulos, solo acontecerán lecciones (p. 100), mientras que el Dios por el que nos preguntamos “los que somos creyentes, a los ojos de nuestra fe, es el Dios que, por su providencia, actúa sin cesar en el mundo, el mismo que, a través de ciertos hechos sorprendentes, quiere entrar en diálogo con nosotros y manifestarnos la sobreabundancia de un amor que derriba toda barrera” (p. 13). El autor finaliza afirmando que “leer los relatos de los

milagros de Jesús es escuchar una pregunta, la pregunta capital a la que sólo la fe puede responder” (p. 16)

Sin embargo, ante todas las interpretaciones y comprensiones de los milagros de Jesús, se hace necesario crear o formar un lenguaje apto, para todas aquellas personas ajenas a un vocabulario teológico estructurado, y a todos aquellos fieles cristianos que en su vida no han estado cerca de un estudio o de una explicación correcta de los relatos evangélicos que nos hablan de los signos de Jesús. Es conveniente, de igual forma, que el lector que realice este “salto de fe hacia los milagros” (Izquierdo, 2002, p. 209) no se separe del conocimiento que pueda obtener de ellos, dado que “el hombre debe poder justificar de algún modo ante su propia razón su decisión irrevocable de creer” como lo menciona Cesar Izquierdo (2002) en su libro *teología fundamental* (p, 209). En todo caso, como lo hace entender Izquierdo (2002), es necesario que el hombre tome la decisión de apoyarse en Dios, que decida fundar su existencia sobre Dios mismo, renunciando a vivir de la confianza en sí mismo, y entendiendo la profundidad del abandono y la libertad en Dios.

“Es una decisión que implica en tensión dialéctica el riesgo de la audacia y la confianza del abandono. La fe es, entonces, una decisión absoluta que empeña irrevocablemente la libertad del hombre en su destino eterno” (p. 209).

Finalmente, a partir de la teología fundamental se darán las bases necesarias para la realización del artículo investigativo, se debe buscar y aclarar la razón de fe en los milagros y como ellos siendo signo o anuncio del reino, ayuden al creyente a tener

fundamentos claros y firmes en su fe. Igualmente, como lo propone José Ignacio González (1982) en su libro *clamor del reino estudio sobre los milagros de Jesús*, sugerir algo que podemos suponer que ocurrió sin realizar con ello ningún reduccionismo en la fe (p. 12), sino, por el contrario, cimentar aún más nuestra fe y entender los milagros de una manera más adecuada, profundizando en la comprensión de nuestra identidad como creyentes y acogiendo los milagros como elemento fundamental de la fe que profesamos.

Los evangelios: testimonio vivo y fundamental de los milagros de Jesús

a) Los Evangelios sinópticos y los milagros

Los sinópticos no pretenden presentar una serie de documentos históricos acerca de la vida y el ministerio de Jesús de Nazaret, la intención fundamental de los evangelistas es proclamar la venida del Reino a través de las acciones salvíficas realizadas por Jesús. Según Kamphaus (1965), el verdadero propósito de los sinópticos se debe orientar al entendimiento de los evangelios y las comunidades como “los testigos autorizados por el Espíritu del Señor” (p. 125) para expresar la fe que se ha experimentado a partir del anuncio del Reino. El milagro en los sinópticos no es importante por sí mismo, sino por el mensaje que en él se abarca, el cual conduce al testigo a una vivencia profunda del mensaje anunciado. Los milagros de Jesús están al servicio de la predicación y solo para el que cree es captable e inteligible el propósito revelador de Dios en lo acontecido.

Por lo tanto, es necesario entrar en el mundo de cada evangelio, para entender la manera en que cada autor concibe los milagros de Jesús y, como la intención final o la profundidad a ciertos temas, toma cierta relevancia en cada evangelista. De igual manera, debemos recordar la profundidad y riqueza de la palabra de Dios en el estudio de los milagros de Jesús, la misma palabra que, como lo afirma Leon-Dufuor (1978) en su libro *estudio del evangelio* “desde su nacimiento, ha ido alimentando a la iglesia a lo largo de la historia” (p. 23).

1. Evangelio de San Marcos

Marcos nos presenta la escena que encuadra más fielmente la primera aparición de Jesús.

Por aquel entonces vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua, vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba sobre él. Entonces se oyó una voz que venía de los cielos: "Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco". A continuación, el Espíritu lo empujó al desierto, y permaneció allí cuarenta días, siendo tentado por Satanás. Estaba entre los animales del campo y los ángeles le servían. (Mc 1, 9-13).

En ella, el evangelista muestra la dimensión en la que los milagros siempre han de ser vistos y brinda el conjunto de personajes que dan sentido a los mismos (Dios, el Hijo, el Espíritu, Satanás y los ángeles); se trata, en efecto, de dar testimonio de la irrupción de Dios en el mundo (Khamphaus 1965, p. 124).

Los milagros evidencian el señorío de Dios que Jesucristo proclama, que, en Él, como Hijo de Dios, está presente y escondido a la vez y que sólo es visible a quien cree en su palabra (Mc 1,1). Por el contrario, quien no crea, "por mucho que mire no verá, por mucho que oiga no entenderá" (Cf. Mc 4,12) "y aun teniendo ojos no verán y teniendo oídos no oirán; no comprenderán" (Cf. Mc 8, 18.21) (Khamphaus 1970, p. 124-125). Rudolf Schnackenburg (1980), en su libro *El evangelio según San Marcos*, comenta igualmente que "el Evangelio de Jesucristo, es el mensaje de salvación que Jesucristo ha traído a los hombres de parte de Dios" (Mc 1,1), es el anuncio salvador que debe ser proclamado a todos los pueblos del mundo (Mc 13,10) (p. 5). Para Marcos, aquel

que crea y anuncie esto que Jesús ha dicho, deberá ser como el ciego de Betsaida, que ha de esperar y dejará que sus ojos se abran (Mc 8, 22-26), para poder seguir a Cristo en su camino, como el ciego de Jericó (Mc 10, 46-52).

Al Hijo de Dios lo verá, entonces, quien descubra el milagro en la curación del paralítico de Cafarnaún (Mc 2, 1-2); aquel que comprenda el poder de Jesús sobre el pecado y las leyes de la comunidad primitiva, curando a un hombre con la mano paralizada, un sábado (siendo ilícito realizar cualquier actividad en este día) (Mc 3, 1-6) (Khamphaus 1965, p. 125).

En este caso, Marcos enfatiza el poder de Jesús por encima de la ley, realizando milagros que están dirigidos a anunciar que es el Hijo de Dios, su revelación al mundo y la venida del reino y el reinado de Dios; De igual modo, lo que Dios habló a la humanidad por medio de su Hijo, lo que realizó en él y para salvación nuestra:

“tiene una importancia insoslayable para el futuro terrestre del mundo hasta el fin de los tiempos (Mc. 13,13). Este mensaje salvífico debe penetrar en el oído de todos los oyentes a lo largo de todos los siglos de la historia terrena. Sólo quien es capaz de escuchar, (cf. Mc 4,9) con atención interna y creyente y con una comprensión que Dios le concede, como un mensaje de salvación presente y que le afecta a él mismo, el anuncio de lo que ocurrió una vez, experimenta la fuerza impulsora y salvadora de esa palabra divina. (Schnackenburg, 1980, p, 6).

2. Evangelio de San Mateo

Lo propio y específico de los milagros de Jesús en los evangelios sinópticos aparece con mayor veracidad, si se comparan los textos de Marcos con los del evangelista Mateo. Una característica propia de Mateo es que no repite sin más los milagros de Marcos, sino que los cambia y los narra de nuevo. La intención de Mateo va más allá de presentar una serie de documentos para una biografía histórica de Jesús. El evangelista tiene como propósito principal proclamar de nuevo su revelación, ya que, como lo menciona Khamphaus “Cristo no es un personaje de museo, ni queda reducido al pasado. Cristo vive, y por esto vive también la tradición y adopta las líneas del presente (Khamphaus 1965. p, 125). Lo que el señor realizó en la tierra un día, se sigue haciendo ahora mismo, su omnipotencia no puede propagarse a través de una reconstrucción histórica, “porque es la omnipotencia del Señor exaltado y que sigue obrando en el anuncio mismo del evangelio” (Khamphaus 1965. p, 125).

Para el evangelista no es posible tener tradición sin interpelación. No puede ser un simple informante de lo sucedido, por el contrario, como lo menciona Khamphaus

“es el testigo autorizado por el Espíritu del Señor, que en la fe anuncia de nuevo a su comunidad el significado del milagro experimentado en la fe”. (Khamphaus 1965. p, 125)

Es por esta razón que Mateo no sigue totalmente e indiscutiblemente los relatos milagrosos de Marcos. Unas veces los disminuye, otras veces los extiende y, siempre de uno u otro modo, los renueva.

Un ejemplo palpable de la actitud de Mateo ocurre en la narración del milagro de la hemorroisa. En Marcos ocupa once versículos (Mc 5, 24-34), siendo un relato minuciosamente detallado, en Mateo queda reducido a solo dos versículos (Mt 9, 20-22). La abundancia de detalles que Marcos ofrece, quedan disminuidos en Mateo, de esta forma el relato queda reducido al encuentro entre Jesús y la enferma. Aquí aparece otra característica propia de Mateo, que, al recortar el relato de Marcos, subraya y da énfasis a la palabra de salvación: "Tu fe te ha salvado" (Mt 9, 22). Este es el tema de su nueva narración, es decir, de su predicación.

En Mateo se enfatiza de manera constante lo que ya se dijo acerca del evangelio de Marcos: "el milagro no es importante por sí mismo sino por el mensaje que en él se contiene" (Khamphaus 1965. p, 125).

Lo que en Marcos se ponía al servicio de la predicación del señorío de Dios en Cristo, se emplea en Mateo para catequesis de la comunidad. Mateo nos cuenta el milagro para mostrar el significado de la fe y del ser discípulo de Cristo y a la vez hace referencia a su cristología. La nueva narración del milagro de Jesús se da para instrucción de su Iglesia. Los detalles descriptivos que no hacen al caso desaparecen. Los milagros se convierten en portadores de doctrina. Su punto álgido se halla siempre en el diálogo entre Jesús y quien acude a Él. Su misma forma es dialogal. (Khamphaus 1965. p, 125)

3. Evangelio de San Lucas

El evangelista Lucas, por su parte, seguirá en consonancia con la línea elaborada por Marcos, el propósito de los dos evangelios es subrayar más que éste el milagro en sí mismo, es por esta razón que Lucas se expresa con términos ejemplares y novelísticos y pretende interpretar lo sucedido con bastante meticulosidad. La curación del ciego es

un ejemplo que clarifica lo anteriormente dicho; Lucas ha sustituido la afirmación popular de Marcos (Mc 10, 47), por la cual el ciego se ha enterado con precisión de lo que ocurre y ha recibido respuesta; en vez de presentarnos al ciego corriendo hacia Jesús, como lo hace Marcos, Lucas nos dice que es Jesús quien manda venir al ciego (Lc 18, 40). El alcance preciso del suceso, que no tiene un papel importante en Marcos y Mateo, es muy significativo para Lucas (Khamphaus 1965, p. 127)

No obstante, al momento en que Lucas llena de mayor importancia el cuerpo del milagro, tampoco lo presenta como apartado y reposando en sí mismo. Por esto mismo, es improbable captar el significado al margen del contexto; la referencia cristológica por su parte, nos referencia las acciones de Jesús como señales del tiempo de salvación que ha aparecido con Cristo. Khamphaus finaliza afirmando que tanto en Lucas, como en Marcos y Mateo “los milagros están al servicio del kerigma” (Khamphaus 1965, p. 127)

No se trata, entonces, de simples reportajes sino de testimonios de la experiencia vivida en la fe del milagro, son el suceso y la fe, el relato y su significación, lo que se nos narra simultáneamente y, mediante su unión, se posibilita que Dios tome siempre de nuevo la palabra en lo narrado.

b) El evangelio de Juan y los milagros

El evangelio de Juan tiene algunos cambios en comparación con los evangelios sinópticos. Hay cambios en su estructura, en la forma de redacción y en el énfasis de

ciertos temas. Hernán Cardona (2011), en su libro *Jesús de Nazaret en el evangelio de San Juan*, presenta un ejemplo claro al exponer que el cuarto evangelista en su prólogo, presenta a Jesús como el Verbo Eterno que está junto al Padre desde la eternidad (Jn 1, 1-18); y que desde el capítulo 2 y hasta el capítulo 12, “se encuentran los signos con los que el Maestro iniciará su ministerio” (p. 20). Otra peculiaridad, se encuentra en el uso constante del término signo, muy presente en el cuarto evangelio, dejando la palabra milagro a unos casos aislados. Pero, ¿Qué pretende mostrar el evangelio con los signos de Jesús? ¿realmente, hay un cambio relevante presentado por Juan al tratar los signos de Jesús?

Efectivamente hay un cambio, por lo cual se hace necesario acoger el propósito o intencionalidad que tenían los evangelistas a la hora de abordar los milagros o signos de Jesús. Para Justo Rodríguez (2014), en su obra *El milagro en el cuarto evangelio*, Juan “al hablar del milagro pone el acento más que en el hecho prodigioso en sí, en el significado del mismo”. (p. 7) Caso contrario en los relatos de Mateo, Marcos y Lucas, quienes se centran en los milagros como anuncio inminente de la llegada del Reino de Dios con Cristo, Juan se sirve de ellos para que Jesucristo sea visto como la Luz, la Vida y la Resurrección que salvará a los que crean en Él (p. 7).

Para Cardona y Rodríguez, el cuarto evangelista hace énfasis en que Jesús realizó signos (semeion) y no milagros, así lo afirma Cardona argumentando que no se trata de una opción gratuita, y que la diferencia contestaba al deseo de evitar que se equiparara a Jesús con los taumaturgos, abundantes en el tiempo greco-romano y judío del siglo I d.C (Cardona, 2011, p. 20). Así mismo, manifiesta que el término signo está muy vinculado con los de fe y gloria y que juntos, forman una clave de

interpretación con la que se busca destacar la presencia salvífica de Dios efectiva y visible en el mundo humano (Cfr. Jn 1,14; 11,4.40; 12,41; 1 Jn 1,1-3) (Cardona, 2011, p. 21).

Cardona, finaliza resaltando la importancia de Jesús en su relación de Dios e hijo del Padre, y como de esta manera debe ser visto el signo.

Jesús es el verdadero Dios, el verdadero Logos venido del Padre, y el signo está en el mundo para que nosotros lo veamos y creamos en Jesús, y así, contemplemos la gloria de Dios.” (Cardona, 2011, p. 21).

Rodríguez por su parte, comenta que Juan llama a los milagros “señales y también signos demostrativos del poder de Dios que acreditan la misión de Jesús” (Rodríguez, 2014, p. 16) y se encuadran en el contexto del Reino de Dios. Con signos y señales Jesucristo comienza el Reino de Dios que es Él mismo; el signo es señal de “que la mano de Dios está detrás” (Rodríguez, 2014, p. 9) siendo más que un prodigio asombro, una acción salvadora de Dios que interviene en la historia de modo inequívoco.

Los milagros son hechos reales, pero en este Evangelio poseen un carácter trascendental de signo, son catequéticos en el momento que enseñan, con hechos y palabras, que Cristo es la Resurrección y la Vida (Rodríguez, 2014, p. 14-15). Por estas mismas razones, El evangelista Juan finaliza con la declaración de los signos y la exhortación a creer por medio de ellos.

“Jesús realizó en presencia de los discípulos otros muchos signos que no están escritos en este libro. Estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que creyendo tengáis vida en su nombre (Cfr. Jn 20, 30-31).

Desde la teología fundamental, la base de la resignificación

El estudio de los milagros realizados por Jesús, exigen directamente a la teología la realización de un examen en sus fundamentos, entrar en su propia historia para recoger el mensaje vivo de los milagros, de lo construido a través de las generaciones de doctores, teólogos y santos que han meditado, vivido y reflexionado en la Iglesia, la revelación de Dios por medio de los signos. La teología, por lo tanto, como lo indica Izquierdo (2002), tiene la tarea de abordar los retos que los fenómenos actuales plantean al mundo:

está llamada a partir de su propia tradición, que es radicalmente tradición de fe, pero al mismo tiempo, tradición teológica, de ciencia y de sabiduría humana de lo divino, y desde ella abordar los retos que a su servicio a la fe plantean los fenómenos de nuestro tiempo. (p. 19)

La tarea de discernimiento y de propuesta, que es inherente a todo el estudio teológico, compete especialmente a la Teología Fundamental, la cual contiene las realidades básicas de esta ciencia, “aquellas que, sin constituir los misterios primeros, son las formas radicales como esos misterios llegan al hombre” (Izquierdo, 2002, p. 19). Al abordar el estudio de los milagros de Jesús, la Teología Fundamental ofrece los elementos básicos para la reflexión teológica sobre los contenidos de la revelación

cristiana, a los que solo se accede mediante la fe; en este mismo sentido, ofrece los componentes necesarios para realizar una resignificación de los milagros, que ayude al creyente a tener una comprensión adecuada del milagro en nuestros días.

La Teología Fundamental es, por consiguiente, una reflexión interna de la fe, que trabaja en la “búsqueda radical de comprensión de la autocomunicación de Dios a los hombres, y de la respuesta de la fe” (Izquierdo, 2002, p. 20). Así mismo, su finalidad principal es tratar de responder de manera científica a la invitación que realiza Pedro a los cristianos: “al contrario, dad culto al señor, Cristo, en vuestro interior, siempre dispuestos a dar respuesta a quien os pida razón de vuestra esperanza” (1 Pe, 3,15).

“Desde la fe en la revelación de Dios en Cristo” (Izquierdo, 2002, p. 20), esta rama del estudio teológico analiza la naturaleza de la misma revelación y del acto de fe, así como su modo de situarse en relación con la razón y la existencia humana.

Ahora es necesario, basados en las afirmaciones anteriores, guiar al lector en la resignificación de los signos de Jesús, poner en relación los milagros con la Teología fundamental, y superar las comprensiones parciales de los mismos, para que, de esta manera, el creyente se encuentre con una comprensión adecuada del milagro.

Resignificación de los signos de Jesús desde la teología fundamental, una comprensión adecuada del milagro en nuestros días.

Los “muchos signos que realizó Jesús” (Jn 20, 30) hacen parte de los hechos a través de los cuales, junto con las palabras, se presenta y se cumple la revelación y la salvación de Dios. Los signos que llamamos milagros no escapan a esta condición, ya

que pertenecen también a los hechos reveladores; sin embargo, estos se caracterizan por algo propio y no habitual con los demás hechos ni con los simples signos, “por algo que les otorga una complejidad en su realidad y en su significación” (Izquierdo, 2002, p. 393) que va más allá de la que poseen los hechos frecuentes. Por consiguiente, los signos resisten una iluminación de la realidad y del sujeto que vivencia en ella la presencia de lo trascendente, en el caso específico del milagro, esa iluminación es la consecuencia de una ruptura con lo usual, lo normal o lo tradicional, que hace evidente la presencia y actuación gratuitas de Dios entre los hombres.

El milagro se presenta, por lo tanto, como la base de todos los demás signos, el signo por excelencia; ellos forman parte de la revelación, y como tales deben ser siempre considerados como lo expresa Izquierdo (2002):

El estudio del milagro une a su importancia intrínseca a la de ser, en cierto modo, piedra de toque del concepto de revelación con el que se opera. Al interés que, como ponen de manifiesto las consideraciones anteriores, tiene la cuestión teológica del milagro, se unen las palabras del Concilio Vaticano I que le reconoce una especial importancia para que la fe sea un obsequium rationi consentaneum. Concretamente, el concilio habla de «signos externos, y en primer lugar milagros y profecías» que son signos certísimos, y acomodados a todos, de la revelación divina porque ponen de manifiesto con toda claridad la omnipotencia e infinita sabiduría de Dios (D. 3009/1790) (p. 394).

La revelación de Dios, de naturaleza pública y social, se expresa a través de hechos, palabras, y también a través de los hechos prodigiosos que llamamos milagros. Esto lo reconoció perfectamente el Vaticano I cuando les da una importancia especial, y en

cierto modo única, a los milagros como signos de la revelación. Sin embargo, se debe prescindir de tomar los milagros como elemento de revelación independiente, ya que, “si la revelación de Dios se encierra en Cristo mismo, los milagros han de entenderse siempre en referencia a Cristo” (Izquierdo, 2002, p. 394). Por lo tanto, los milagros son pieza intrínseca del evento histórico y de gracia que es Cristo; y, en dependencia de Cristo, conforman el hecho de la Iglesia.

El milagro y la revelación comparten una misma naturaleza, siendo el milagro, sin embargo, parte integrante de la revelación, de igual manera es una de las formas como se da lugar a la autocomunicación reveladora de Dios; y, por consiguiente, hacen parte de las obras a través de las cuales, junto con las palabras, tiene lugar la revelación.

A partir de la afirmación anterior, se comprende que a las obras les “compete manifestar y confirmar la doctrina y las cosas significadas por las palabras” (DV 2). Los milagros, en este caso, “realizan esta función de manifestación y confirmación de un modo específico y propio: a través de la significación que les es propia, es decir, a través de la presencia palpable del poder misericordioso de Dios dado a conocer a través de signos” (Izquierdo, 2002, p. 394).

Ahora, es necesario a la luz de lo anterior, poner en relación los milagros con el centro y plenitud de la revelación que es Cristo, superando una consideración demasiado aislada de los mismos, la cual ha llevado a comprensiones parciales de los mismos. Por lo tanto, la intención es exponer el modo concreto como Cristo y la Iglesia se presentan como los “signos de credibilidad primordiales y definitivos de la automanifestación y autocomunicación de Dios en la historia” (Izquierdo, 2002, p. 414). Cristo establece esta realidad que es donada a la Iglesia. Cristo y la Iglesia forman su

propia significatividad y, en este sentido, los milagros son signos que ofrecen una función característica de la revelación en Cristo, concretamente a varios niveles.

- 1) Signos del poder misericordioso de Dios: Los milagros son obras y actos de poder que conciernen a la gran obra que Dios inició con la creación del mundo y finalizó con la redención; los milagros en todo momento son signos de bien, benéficos, que ponen en escena el anuncio salvador. Pero, además, promueven la restauración interior del hombre, obra de la misericordia divina. (Izquierdo, 2002, p. 406).
- 2) Signos del reino mesiánico: “Pero si yo expulso los demonios por el Espíritu de Dios, señal de que ha llegado a vosotros el Reino de Dios” (cfr. Mc 1, 35-39; Lc 7, 22; Mt 12, 28). Para los sinópticos, la llegada del Reino se manifiesta principalmente por los signos, (los exorcismos y curaciones) los cuales son “la visibilización de la salvación que Cristo anuncia (Izquierdo, 2002, p. 407).
- 3) Signos de la misión divina: “El milagro garantiza la divinidad de una misión y al enviado que la lleva a cabo”. (Izquierdo, 2002, p. 407). El hombre requiere motivos para confiar en otro, y que la persona que solicita su fe y confianza quede legitimada por signos (cfr. Jn 2, 18; 6, 30) La idea de que los milagros acreditan a Jesús se encuentra presente en los Sinópticos (Mt 11, 21) y en Juan (Jn 2,23). Los Apóstoles manifiestan constantemente los signos y milagros como acreditación de la misión divina de Jesús (Hch 2, 22; 10, 38) y así mismo realizan prodigios en su nombre de Jesús (Hch 3, 6; 4, 30; 9, 34; 16, 18) (Izquierdo, 2002, p. 408).

- 4) Signos de la gloria de Cristo: “Las obras del Hijo son los signos que el hombre necesita” (Izquierdo, 2002, p. 408). Los milagros guardan una relación entre, la conciencia que Cristo tiene del misterio de su filiación divina y, la revelación de este misterio. Constituyen el testimonio del Padre en favor del que es mayor que todos los profetas. Los milagros son obras de Cristo, y dan a conocer su acción divina de Hijo de Dios entre los hombres; de igual manera, confirman su pretensión fundamental de ser Hijo del Dios vivo (Mt 11,27; 28,18; Jn 3, 35). “Cristo no deja de remitir a sus oyentes a sus milagros como el testimonio del Padre en su favor (Jn 5, 36-37; 9, 41; 10, 25; 10, 37-38; 15, 24). Los milagros son la manifestación del poder de Cristo y manifestación de su gloria de Hijo único (cfr. Jn 1, 14; 2, 11; 11, 40), porque proceden del mismo Cristo y conducen a su persona.” (Izquierdo, 2002, p. 408).
- 5) Signos de la salvación: Los milagros son revelación, mensaje, palabra; interpretan y, de igual manera, representan la realidad del misterio. El milagro deja ver la transformación que se ha realizado a través de ellos, los prodigios realizados en el orden físico son figuras y símbolos de las realidades de la gracia. El signo incluye dos aspectos propios de este nivel, el demostrativo y el simbólico.

La transformación del agua en vino (Jn 2) inaugura la nueva creación; la curación del parálítico por la palabra de Cristo (Jn 5) y la del ciego por el agua de la piscina de Siloé (Jn 9) son signo del bautismo; la multiplicación de los panes (Jn 6) simboliza el «pan de vida» que es la eucaristía; la resurrección de Lázaro (Jn 11, 1-44) representa a Cristo como la resurrección y la vida. El carácter simbólico y significativo de los milagros se apoya, lógicamente, sobre hechos realmente acaecidos. (Izquierdo, 2002, p. 409).

El carácter simbólico y significativo de los milagros se basa, claramente, sobre hechos realmente sucedidos.

- 6) Signos escatológicos: Los milagros anticipan las transformaciones que se darán al final de los tiempos, cuando los cuerpos sean librados de la muerte y glorificados. Los milagros de naturaleza realizados por Cristo (Mc 6, 30-45; 4, 39; 6, 49) y por los Apóstoles (Mc 16, 17-18) simbolizan y advierten las transformaciones del mundo escatológico, cuando el desorden del mundo sea reemplazado por un mundo renovado, que comparta el estado glorioso de los hijos de Dios. (Izquierdo, 2002, p. 409).

Es necesario, sobre todo, poner en relación los milagros con toda la revelación, que es el mismo Cristo, superando cualquier consideración aislada de los mismos. Ciertamente, como lo asegura Izquierdo

“la función que ejercían los milagros de cara a la credibilidad de la revelación no es independiente de la credibilidad del signo fundamental que es Cristo mismo” (Izquierdo, 2002, p. 409).

Los milagros se dirigen a Cristo y representan su misión y su estado de Hijo y de Enviado del Padre. Por eso, como lo asegura Clive Lewis (1991), “el gran milagro, el milagro central afirmado por el cristianismo es la Encarnación” (p. 171). La armonía y la credibilidad de cada uno de los milagros depende de su relación al “Gran Milagro”

(Lewis, 1991, p. 171) cualquier disentimiento de los milagros separada de la encarnación es intrascendente.

Por último, Ariel Álvarez Valdés, en su artículo *¿Cómo hacía Jesús sus milagros?* Publicado en la revista *cuestiones teológicas y filosóficas* en el año 2002, invita a mirar y creer en los milagros que Dios hace cada día por nosotros; a encontrar el milagro en lo simple, sin esperar que sea un acto inexplicable, antinatural o incomprensible.

Cuántos milagros hace Dios cada día para nosotros. Milagros que nunca vemos, y en los que ni caemos en cuenta. Cuántas veces en nuestra vida nos ha sacado asombrosamente de dificultades, nos ha sanado de miedos y angustias, nos ha socorrido en los malos momentos, nos hizo traspasar ilesos tantos peligros, nos asistió en las desgracias diarias, nos proporcionó lo necesario en el momento justo, nos regaló la compañía de ciertas personas.

Pero no lo advertimos, porque nos resulta demasiado “naturales”. Esperamos siempre los otros milagros. Los inexplicables, los antinaturales, los incomprensible. Y por no saber mirar con fe, y descubrir cuantas cosas insólitamente buenas nos pasan durante el día, gracias a que Dios está a nuestro lado, muchas veces llega la noche y pensamos que hemos vivido solo un día anodino, ordinario, intrascendente, casi sin Dios, y por eso sin entusiasmo.

Pero Dios sigue haciendo milagros. Los mismos que hacía en la época de Jesús. Y tenemos que acostumbrarnos a descubrirlos. Habituar nuestros ojos a ellos. Entonces sí aparecerán deslumbrantes, majestuosos, impactantes, y nos cambiarán la vida. Como cambiaron la vida de los apóstoles, que en el fondo veían lo mismo que nosotros (Álvarez 2002, Pp. 210-211).

El creyente, en conclusión, deberá entender el milagro como signo, en las seis formas ya descritas, guiando siempre su mirada a Cristo, “el gran milagro” (Lewis, 1991, p.

171), para que de esta manera el signo sea entendido como la automanifestación y autocomunicación de Dios en la historia del hombre. Con esta tarea clarificada, le resta solamente al creyente la búsqueda del milagro en cada día, sin esperar lo inexplicable, lo antinatural y lo incomprensible (Álvarez 2002, P. 211).

Bibliografía

José Ignacio González. (1982). Clamor del reino estudio sobre los milagros de Jesús.
España: Ediciones Sígueme.

Justo Luis Rodríguez. (2014). El milagro en el cuarto evangelio. España: Cobel ediciones.

Hernán Cardona Ramírez. (2011). Jesús de Nazaret en el evangelio de San Juan.
Medellín: Editorial UPB.

Franz Kamphaus. (enero-marzo, 1965). Las narraciones de milagros en los evangelios.
Selecciones de teología, 9, 122-135.

Gonzalo de la Torre Guerrero. (2009). Las parábolas que narro Jesús, La revolucionaria revelación de la conciencia de Jesús. Quibdó, Choco: Fundación Universitaria Claretiana - FUCLA.

Gonzalo de la Torre Guerrero. (2010). Los milagros en los evangelios sinópticos.
Quibdó, Choco: Fundación universitaria claretiana - FUCLA.

Domingo Sola Antequera. (2007). Los milagros de Jesús en el primer arte cristiano.
IBERIA, 10, 101-120.

Equipo de traductores de la edición española de la Biblia de Jerusalén. (2009). Biblia de Jerusalén. Bilbao: Desclée de Brouwer.

Ariel Álvarez Valdés. (2002). ¿Cómo hacía Jesús sus milagros? Cuestiones teológicas y filosóficas, 71, 205-213.

José Antonio Pagola. (2013). Jesús, aproximación histórica. España: Editorial PPC.

Xavier Leon-Dufuor. (1979). Los milagros de Jesús. Madrid: Ediciones cristiandad.

Joseph Ratzinger (Benedicto XVI). (2007). Jesús de Nazaret. Ciudad del vaticano:
Doubleday.

Cesar Izquierdo Urbina. (2002). Teología Fundamental. Pamplona, España: Ediciones
universidad de Navarra, S.A.

Xavier Leon-Dufuor. (1978). Estudio del evangelio. Madrid, España: Ediciones
Cristiandad.

Rudolf Schnackenburg. (1980). El evangelio según San Marcos. Barcelona, España:
Editorial Herder.

Clive Staples Lewis. (1991). Los milagros. España: Ediciones encuentro.